EL ÚLTIMO REDENTOR
EL CAMINO DEL CAZADOR
G. R. MENEGHETTI

EL ÚLTIMO REDENTOR

EL CAMINO DEL CAZADOR

G. R. MENEGHETTI

t!)
(tinta libre)
ediciones

Producción editorial
Tinta Libre Ediciones

Coordinación editorial
Gastón Barrionuevo

Diseño de interior
Departamento de Arte Tinta Libre Ediciones

Diseño de tapa
Departamento de Arte Tinta Libre Ediciones

Meneghetti, Gerardo Ricardo

El último redentor : el camino del cazador / Gerardo Ricardo Meneghetti. - 1a ed. - Córdoba : Tinta Libre, 2025. 380 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-631-306-946-0

1. Narrativa Argentina. 2. Novelas. 3. Novelas Fantásticas. I. Título.
CDD A860

Prohibida su reproducción, almacenamiento y distribución por cualquier medio, total o parcial, sin el permiso previo y por escrito de los autores y/o editor. Está también totalmente prohibido su tratamiento informático y distribución por internet o por cualquier otra red.

La recopilación de fotografías y los contenidos son de absoluta responsabilidad de/l los autor/es. La Editorial no se responsabiliza por la información de este libro.

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Impreso en Argentina - Printed in Argentina

© 2025. Meneghetti, Gerardo Ricardo
© 2025. Tinta Libre Ediciones

t!) **www.tintalibre.com.ar**

Para Vanesa y Gabriel,
que son luz en mi oscuridad.

Agradecimientos

A mi familia, por su amor incondicional, su paciencia y por estar siempre ahí, incluso en los momentos en que este proyecto parecía más una fantasía que una realidad. Sin su apoyo, este sueño jamás habría podido tomar forma.

A mis amigos, por su aliento constante, sus risas en los momentos más oscuros, y por creer en mí cuando ni yo mismo lo hacía. Gracias por ser mi refugio y mi impulso.

Gracias a todos por darme la fuerza para hacer esto posible. Este viaje no habría sido el mismo sin ustedes.

ADVERTENCIA AL LECTOR

A lo largo de este relato, algunos pasajes contienen códigos QR que te conducirán a playlists ocultas y a otros contenidos especialmente creados para esta obra. Encontrarás melodías que acompañan la atmósfera de cada capítulo, pero también material audiovisual que enriquece la experiencia, revela símbolos ocultos y amplifica lo que no puede ser dicho con palabras.

Escucharlas o verlos no es obligatorio, pero se te recomienda encarecidamente si deseas comprender por completo lo que acecha entre las líneas.

DECLARACIÓN DE DERECHOS DE AUTOR

Las canciones incluidas en las playlists vinculadas a través de los códigos QR en este libro son propiedad de sus respectivos titulares de derechos de autor. El autor de esta obra reconoce y respeta los derechos de propiedad intelectual de los creadores de dicha música. La inclusión de los enlaces tiene un carácter meramente complementario y no tiene intención de infringir las leyes de derechos de autor.

El uso de la música a través de estos enlaces se encuentra bajo la responsabilidad de los servicios de streaming o plataformas de distribución que gestionan los derechos de las canciones, y no se realiza ningún tipo de distribución o uso comercial de la misma dentro de este proyecto.

El lector debe ser consciente de que, al acceder a los enlaces proporcionados, está interactuando con contenidos que se encuentran bajo las regulaciones establecidas por las plataformas correspondientes y los titulares de los derechos de autor.

EL ÚLTIMO REDENTOR

G. R. MENEGHETTI

PRÓLOGO

¡Escaneá el link para acceder al contenido oculto!

En el principio no existía el tiempo.
Solo el Silencio.
Un vacío eterno, perfecto e inmóvil.
Hasta que el Creador habló.
Y su palabra fue luz.

De aquella primera palabra surgió el cosmos,
y con él, nacieron los ángeles.
Fueron creados de fuego puro y conciencia,
y cantaron al unísono en honor al Altísimo.
Había belleza en su existencia y gozo en su alabanza,
pues no conocían otra cosa que el fulgor del bien.

El Creador les dio forma y propósito.
Y cuando la luz se expandió más allá del velo,
la Tierra tomó su lugar entre los astros.
Entonces el Todopoderoso,
en un gesto de ternura insondable,
modeló al hombre con polvo y hálito divino.
Frágil, limitado, destinado a errar...
pero también dotado de libre albedrío.
Y los ángeles, aunque desconcertados
por la imperfección de aquella criatura,
alabaron al Creador.

Todos, menos uno.
Luzbel.
El primero entre ellos.
El más bello.
El portador de la aurora.

Él no comprendió
por qué el Creador amaría
a una especie tan inferior
ni por qué permitiría
que su Hijo descendiera al mundo
encarnado en un cuerpo perecedero
para redimir a quienes
no merecían salvación.

Y no fue el único.
Otros compartieron su duda.
Algunos en silencio. Otros con fervor.

Y cuando el Todopoderoso anunció
el sacrificio de su Hijo
el amor que mantenía unido el cielo...
se quebró.

Fue entonces cuando estalló la guerra.
Una guerra entre hermanos,
tan antigua que ni el tiempo la recuerda.
Y el cielo… ardió.

Luzbel y sus seguidores fueron derrotados,
arrancados de la gloria y arrojados al Abismo.
Allí, entre gritos y sombras,
erigieron un nuevo orden: un reino de perdición.

Siete generales,
cada uno la manifestación de un vicio antiguo,
alzaron sus tronos sobre las ruinas de su caída.
Y sobre todos ellos,
desde lo más profundo del infierno,
aguardaba Lucifer.

Libre del yugo.
Lejos del tormento.
En una espera perfecta.
Porque él sabía
que el tiempo del retorno llegaría.

Y cuando ese día se alce sobre el mundo...
el fuego que una vez destruyó el cielo...
consumirá también la Tierra.

Pasaron milenos… hasta que se forjó la última profecía

Cuando el polvo se alce en los pasajes del olvido,
una llama antigua cruzará el umbral de los vivos.

Sus pasos harán temblar las piedras,
y los que duermen bajo tierra despertarán sus nombres.

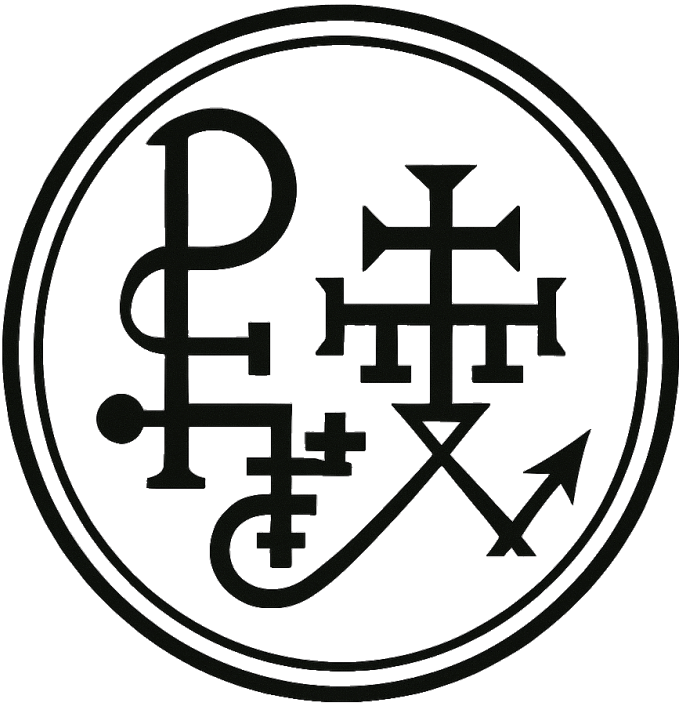
Uno a uno caerán los tronos del pecado,
las manos del cazador portarán la memoria del fuego,
y su nombre será un juicio.

Pero cuidado...
la salvación exige un tributo,
y no vencerá sin pagar el precio.

La sangre llama a la sangre,
y en lo profundo del pozo, el Antiguo aguarda atento.

La victoria puede ser la llave…
y el final, el verdadero comienzo.

El Último Redentor caminará entre los hombres,
para contener el infierno con sus propias cicatrices.



CAPÍTULO 1

DESPERTAR EN LA OSCURIDAD

Todo era condena.

Allí estaba, inmóvil, en el epicentro del abismo, en la cámara más abyecta y prohibida del infierno. El aire era un veneno asfixiante, saturado con el acre hedor del azufre, un miasma tan denso que parecía capaz de calcinar los pulmones. Sin embargo, no era algo que pudiera preocuparme; después de todo, hacía mucho que había dejado de estar vivo.

Frente a mí se alzaba el Portal de la Ascensión, una abominación de proporciones ciclópeas, cuya apariencia combinaba un horror indescriptible con una aberrante majestuosidad. Su circunferencia, un arco descomunal de más de cien metros, estaba enmarcada por columnas de cuerpos humanos despedazados. Aquellas figuras antinaturales, mutiladas y a medio devorar, se retorcían sin descanso, exudando gemidos y lamentos desgarradores que reverberaban en la cámara como una sinfonía del tormento. Esta danza macabra no era otra cosa que el cumplimiento perpetuo de su castigo.

El "espejo" del portal no era más que sangre. Sangre que goteaba, que temblaba, que latía con un fulgor antinatural. Era la esencia vital de ángeles y hombres, derramada a lo largo de milenios de batallas innombrables. Aquella sustancia viviente parecía contener ecos de gritos y desesperación, como si su memoria se aferrara al dolor de quienes la habían perdido.

Bajo mis pies, la plataforma sobre la que estaba erguido era un mosaico grotesco formado por cabezas humanas. Sus rostros congelados en expresiones de espanto eterno, sus ojos opacos seguían cada uno de mis movimientos. Al posar mi pie sobre ellos, sus párpados se cerraban con resignación, y cada crujido bajo mi peso era un recordatorio de que incluso en la muerte, la condena no conocía fin.

Al aproximarme al núcleo del portal, el olor se volvió insoportable. Bajo la plataforma, demonios menores de formas grotescas y escurridizas celebraban un festín perpetuo. Arrojaban los restos pútridos de sus víctimas a lagos de fuego y roca fundida, generando un siseo que se mezclaba con los alaridos en un crescendo de locura.

En lo alto del gran aro del portal, brillaba una anomalía imposible: un cristal de hielo azul. Suspendido en un equilibrio profano, su resplandor espectral mantenía la sangre líquida, impidiendo su evaporación en el calor abrasador del abismo. Era como el corazón helado de un dios olvidado, latiendo por última vez en medio del infierno.

Sabía lo que me esperaba si cruzaba aquel umbral: el Primer Dolor.

No era simple agonía. Era la refundición de un alma rota.

Sangre hecha hueso. Hueso hecho carne. Carne forjada en tormento.

Cada espasmo, una plegaria profana. Cada grito, un juramento.

Y así, pagué el precio... para volver.

El mundo tembló al otro lado.

En las profundidades olvidadas bajo Budapest, en una sala sepulcral más antigua que cualquier mapa, las paredes de piedra comenzaron a vibrar con una frecuencia imposible. Las antorchas colgadas entre columnas romanas parpadearon, aunque no había viento. El silencio, espeso como brea, fue quebrado por un estruendo que no pertenecía a este mundo: un latido. Uno solo. Colosal. Primordial.

En el centro de la cámara, el círculo ritual tallado en el mármol comenzó a arder con una llama azul que no emitía calor. Las runas grabadas alrededor del perímetro se encendieron una a una, como si despertaran de un sueño milenario.

Gabriel aguardaba allí, de pie, con el rostro tenso y el alma agitada. Sus ojos, de un gris envejecido por siglos de espera, brillaban con el reflejo de un fuego que sólo los elegidos podían soportar. En su mano, el bastón de fresno que alguna vez llevó el anciano Ezequiel temblaba como si quisiera escapar.

Y entonces, el Portal se abrió.

Un remolino de llamas heladas brotó desde el centro del círculo. No devoraba el aire: lo expulsaba, lo rechazaba. La piedra crujía, gimiendo, presintiendo lo que estaba a punto de cruzar su umbral. Desde dentro de aquel vórtice, surgí, una silueta, primero apenas un contorno, luego un cuerpo que se formaba a sí mismo desde la nada: músculo sobre hueso, piel sobre músculo, luz sobre la oscuridad que lo precedía.

Entonces, emergí.

Mi cuerpo aún humeaba, cubierto por vestigios del ritual del abismo. Cada poro exhalaba calor, sentía que el fuego del infierno se negaba a soltarme del todo. Sentía cómo mis huesos se acomodaban bajo una carne recién formada, ajena, antigua y nueva al mismo tiempo. Mis ojos, no eran los de un hombre. Eran soles apagados, testigos de ruinas que ningún mortal podría imaginar sin perder la razón.

La piel que me envolvía tenía el tono pálido de la ceniza, como si el polvo de mil cuerpos quemados me hubiera sido injertado. Y alrededor de mí, la sombra. No como ausencia de luz, sino como una entidad viva que me seguía como un juramento incumplido.

Di un paso. Apenas uno.

Y la piedra bajo mis pies respondió. La llama azul que envolvía el círculo sagrado se extinguió con un suspiro largo, casi humano. El portal, aún vibrante, pareció contraerse como un corazón que da su último latido antes del silencio.

Fue entonces cuando lo vi.

Gabriel.

Cayó de rodillas con una lentitud que no era teatral, sino reverente. Su cabeza se inclinó, y el temblor de su cuerpo delataba todo lo que contenía en el pecho: siglos de espera, de miedo, de fe que sangraba por no quebrarse. Lágrimas surcaron su rostro sin pudor alguno, como si aquel momento lavara sus dudas, sus culpas, su carga.

—Lo estaba esperando, mi Señor —susurró.

Su voz ya no era la de un ángel. Era la de un humano que había envejecido bajo el peso del tiempo, del dolor y de la esperanza.

No respondí de inmediato.

Di un segundo paso, más firme, aunque todavía torpe. Aún no me acostumbraba a este cuerpo: una prisión de carne reconstruida a partir de mi sacrificio, una máquina viviente hecha para contener fuego, pena y justicia.

Me acerqué a él, aún postrado.

El aire entre nosotros parecía cargado, como si todo el pasado hubiera estado esperando este instante para liberarse.

Extendí mi mano.

—Levántate, Gabriel —dije, con una voz que aún no me pertenecía del todo, áspera como roca recién nacida—. Ahora somos hermanos en una misma batalla. No me digas "Señor". Solo llámame por mi nuevo nombre...

Hice una pausa. Fue un instante breve, pero todo pareció detenerse.

—Caelus. Con eso es suficiente.

Gabriel levantó la vista. Sus ojos, aún empañados por las lágrimas, buscaron los míos. Y por un momento, no vimos ángel ni redentor. Solo dos guerreros, al borde de un mundo condenado, enfrentando juntos el principio del fin.

El viejo ángel aún estaba arrodillado cuando mis ojos, torpes y sedientos, comenzaron a recorrer el lugar.

La cámara no era lúgubre, ni macabra como el abismo del que acababa de surgir. Era antigua, sí, como si el tiempo mismo se hubiese detenido en sus muros. Majestuosa a su manera, cubierta de símbolos olvidados tallados con precisión reverencial. Arcos de piedra curvada se entrelazaban en el techo como raíces de una criatura inmortal, y un débil resplandor azul emergía de las grietas en el suelo, iluminando la penumbra con un aliento de eternidad.

Me aparté un poco y el frío me golpeó como una revelación.

No fue un frío devastador, sino el de la vida, el que se cuela por los huesos y te recuerda que el cuerpo es finito. Respiré… y el aire inundó mis pulmones como si lo hiciera por primera vez. Era denso, con sabor a polvo y piedra antigua. Me estremecí.

Sentí el peso de la gravedad jalando mis hombros, el tirón sutil de cada músculo respondiendo a un cuerpo que no recordaba. Cada paso era una negociación con la carne. Mis ojos, ahora humanos, luchaban por adaptarse a la penumbra; las sombras se estiraban como memorias que no lograba descifrar. Y los sonidos... oh, los sonidos. El eco de las gotas, el roce de la túnica de Gabriel al moverse, mi propia respiración… cada uno llegaba amplificado, desnudo, y toda la creación me hablaba al oído por primera vez en milenios.

Gabriel se incorporó lentamente, con la reverencia de quien asiste al despertar de una profecía viviente. Me observó en silencio, tal vez notando en mí lo que ni yo mismo alcanzaba a entender todavía.

—Mi señor… —titubeó Gabriel, aún con los ojos húmedos—. Digo… Caelus. Tenemos mucho que discutir. Pero antes de seguir...

Se giró hacia una de las paredes, donde un pequeño arcón de madera oscura y gastada por los siglos aguardaba, presintiendo que este momento llegaría. Lo abrió con cuidado, casi con ceremonia, y de su interior extrajo una túnica sencilla, tejida en algodón claro. No tenía adornos ni símbolos, pero irradiaba una quietud sagrada, como si hubiese sido bendecida por el paso del tiempo y la espera.

Me la entregó con ambas manos, bajando ligeramente la cabeza.

—Para cubrir tu cuerpo… si me permites.

Asentí en silencio. Todavía no encontraba palabras; el lenguaje me parecía un recurso menor ante el alud de sensaciones que me invadían.

Al colocarme la túnica, la suavidad de la tela sobre mi piel fue un estremecimiento puro. Un roce, y mis sentidos se encendieron como antorchas. La tela abrazaba mis hombros con ternura desconocida. La sensación de tacto era una revelación: cada fibra parecía cantar contra mi carne viva.

Inspiré de nuevo, y el olor del algodón mezclado con el polvo milenario de la cámara me resultó extrañamente reconfortante. Mi oído captaba incluso el crujir de la tela al deslizarse sobre mi cuerpo, y mis ojos, aun adaptándose, se aferraban al contraste entre la túnica clara y la piedra oscura que nos rodeaba.

Era demasiado.

Demasiado color, demasiado sonido, demasiado tacto.

Mi mente, forjada en la eternidad, trataba de filtrar un torrente de información que un humano ni siquiera notaría, pero que para mí era un rugido constante.

Y sin embargo…

Había belleza en esa tormenta.

Me detuve, cerré los ojos y respiré hondo. Por un instante, el mundo se aquietó.

Al abrirlos, Gabriel me observaba con un respeto mezclado con comprensión. Sabía lo que significaba volver. Sabía el precio.

—Gracias —dije finalmente, con una voz que sonó más rota y profunda de lo que esperaba, como si arrastrara aún la resonancia del otro lado.

Gabriel se agachó una vez más, esta vez con mayor delicadeza. Tomó un par de sandalias de cuero oscuro, curtidas a mano, y con gesto reverente las colocó frente a mí.

—No querrás caminar descalzo por estas piedras eternas —dijo con una leve sonrisa que no ocultaba su emoción.

Me senté brevemente en uno de los escalones y, con movimientos torpes, aun acostumbrándome al equilibrio, al peso, al roce del mundo, me calcé las sandalias. El cuero estaba tibio, como si hubiese esperado siglos por ese instante. La textura áspera contra la planta de mis pies envió una oleada más de estímulos, un recordatorio sutil de que ya no era espíritu ni sombra… sino carne.

Se incorporó, hizo una leve inclinación de cabeza y, girándose, pronunció:

—Acompáñame. Hay muchas cosas que necesitas saber.

CAPÍTULO 2

REVELACIONES

Avanzamos por las catacumbas, un laberinto de piedra esculpido por manos que ya no existen ni en la memoria del mundo. Las paredes estaban talladas con símbolos olvidados, runas de tiempos anteriores a Babel, cada una irradiando una energía latente. El aire era seco, pero no viciado. Olía a historia, a incienso apagado hace siglos, a cera consumida y a silencio.

El suelo era una mezcla de losas antiguas, algunas agrietadas por el paso del tiempo, otras cubiertas por musgo seco que crujía bajo nuestros pasos. La piedra parecía absorber la luz, generando una penumbra acogedora pero inquietante. No había antorchas. La luz que nos guiaba provenía de unos delgados hilos de cristal en las paredes, que brillaban con un fulgor tenue, casi orgánico, como si respiraran.

A veces, en las intersecciones, aparecían estatuas: figuras de ángeles sin rostro, o bestias aladas en postura de reposo, custodios silenciosos que parecían seguirnos con la mirada, aunque no tuvieran ojos.

Tras varios minutos, Gabriel se detuvo frente a una puerta arqueada, sin cerradura, tallada con la imagen de un eclipse solar invertido. La empujó con ambas manos, y esta se abrió sin esfuerzo, como si reconociera su toque.

Entramos en una cámara completamente distinta.

Era amplia, con techos altos en forma de bóveda y paredes cubiertas por estanterías que se extendían hasta lo más alto. Cada estante rebosaba de libros antiguos, pergaminos, códices de cubierta gastada y volúmenes encuadernados en piel. No había polvo. Todo estaba pulcramente ordenado, mantenido con una devoción casi monástica.

En el centro de la sala, sobre una alfombra de tonos terracota, había varios sillones cómodos de cuero envejecido. Una pequeña mesa baja sostenía un viejo pergamino enrollado.

El anciano me indicó el asiento más cercano con un gesto suave.

—Por favor… siéntate. —Su tono cambió, tornándose más grave, más íntimo.

Me dejé caer con lentitud. El cuero crujió bajo mi peso, y por un instante, simplemente me dejé estar. El cuerpo aún vibraba con la intensidad de la resurrección. Cada músculo, cada fibra, aún parecía estar despertando.

Gabriel asintió con una leve sonrisa, y en sus ojos brilló un destello cálido, casi paternal.

—Déjame ofrecerte un té —dijo, poniéndose de pie con un gesto suave.

Se dirigió hacia un rincón de la sala, donde una pequeña mesa de madera albergaba una tetera antigua de cerámica azulada. Con movimientos medidos, casi ceremoniales, la alzó con ambas manos y vertió el líquido dorado en dos tazas de borde fino. Mientras lo hacía, el vapor se elevó lentamente en el aire, danzando en espirales como si llevara consigo secretos antiguos.

A medida que se acercaba, inspiré profundamente. El dulce aroma me invadió de golpe: una mezcla de miel, flores y algo que no podía identificar... pero que evocaba memorias que ni siquiera sabía

que tenía. Por un instante, sentí como si el tiempo se plegara sobre sí mismo, y una parte de mí regresara a un hogar olvidado.

Gabriel colocó las dos tazas sobre la pequeña mesa que tenía delante. Luego, se sentó frente a mí con la quietud de quien ha esperado siglos para este momento.

Tomé la taza con ambas manos. El calor se filtró por mi piel, un calor distinto al fuego del abismo, uno reconfortante, sereno. Cuando di el primer sorbo, algo cambió. No era solo una bebida… era un torrente de energía pura, de equilibrio. Como si por fin, dentro de todo el caos que me habitaba, alguien hubiese encendido una lámpara.

Respiré hondo. Sentí cómo mi conciencia se afinaba, mis pensamientos se ordenaban con claridad renovada. Entonces, lo miré a los ojos, y con una leve inclinación de cabeza, murmuré:

—Gracias… está exquisito. Lo necesitaba.

Gabriel asintió, sin prisa, con la gravedad de quien entiende perfectamente lo que significa cada palabra.

Sostuvo su taza unos instantes sin beber, observando el vapor, en el que se proyectaban los recuerdos del mundo. Luego alzó la mirada, y su voz, cuando finalmente habló, fue grave, cargada de una pena antigua.

—Durante tu ausencia… la humanidad siguió su rumbo —comenzó— Pero fue un rumbo ciego, desesperado, cada vez más alejado de la luz.

No dije nada. Solo lo miré, mientras las palabras empezaban a construir un muro de verdad ante mí.

—El amor fue reducido a mercancía. La empatía, al silencio. El alma humana se endureció, como la piedra que no quiere volver a ser carne. Aprendieron a adorar otros dioses… el dinero, el poder, la imagen. Cosas que corrompen desde adentro, como el óxido en una columna que alguna vez sostuvo algo sagrado.

Hizo una pausa. Sus ojos se velaron un instante por la tristeza, pero no bajó la mirada.

—Y soltaron males indescriptibles sobre sus propios hermanos. Hermanos, Caelus… No enemigos, no bestias. Hermanos. Se mataron por ideas vacías, por ambición, por orgullo. Formaron guerras que incluso nosotros, desde nuestra prisión de silencio, no pudimos comprender. Guerras que no solo destruyeron cuerpos, sino espíritus. Pasaron de matar por necesidad… a hacerlo por costumbre.

Sus palabras me atravesaban como flechas invisibles. No podía hablar. No debía. Era mi deber escuchar, tallar cada palabra como una marca sagrada.

—Y paso a paso —continuó— Todo fue tomando su lugar. Como piezas en un tablero. El escenario se fue preparando. El mundo, sin saberlo, construyó su propia jaula. Y cuando el equilibrio se quebró lo suficiente… ellos lo sintieron. Los Siete. Las cadenas se aflojaron. Las ataduras, tan viejas como la caída misma, se agrietaron.

Inspiró lentamente, y al soltar el aire, algo en su tono se volvió casi profético.

—Y escaparon— sentenció.

No dijo más. El silencio se adueñó de la sala como una sombra viva, y lo dejé entrar. Mi cuerpo permanecía inmóvil, pero por dentro, algo temblaba. Grabé todas sus palabras. Las fijé a fuego en mi pecho, como si fueran el nuevo compás de mi alma.

Había regresado. Pero el mundo al que había vuelto… no era el mismo.

Gabriel volvió a hablar, su voz ahora templada por una certeza más antigua que el tiempo mismo, repitiendo palabras leídas miles de veces en manuscritos olvidados por el mundo.

—Y entonces… como ya estaba escrito, la llegada de los Siete no solo traería caos y muerte. También sería el heraldo de algo más. Tu regreso...

Alzó los ojos, y por un momento, vi en ellos la tenue llama de la esperanza. Una llama que había sobrevivido milenios de oscuridad solo para arder en este instante.

—Con ellos desatados, el ciclo comienza, y con él, una luz de esperanza comienza a derramarse sobre el mundo. Una luz tenue, quizás invisible para los hombres… pero real. Tu presencia es esa chispa. Un faro en medio del colapso, aunque ellos no lo sepan, aunque sus ojos no puedan verte todavía.

Dejó la taza a un lado, y sus manos se entrelazaron como si orara, o temiera romper la solemnidad del momento.

— Pero ahora… no vendrás a instruirlos con sermones. Esta vez, tu misión es rescatar lo que aún puede ser salvado... purgando la tierra de los siervos del abismo.

Asentí lentamente, sintiendo que cada frase que salía de su boca tocaba los cimientos de lo que yo era. La verdad me abrazaba como un manto. Esta era una cruz distinta. Sin multitudes. Sin parábolas. Solo acción. Solo juicio.

Gabriel me miró en silencio por unos segundos que se estiraron como siglos. Sus ojos, cargados con el peso de verdades no dichas, titilaban bajo la tenue luz de la cámara. Entonces, habló... con una voz que ya no era la del hombre que me había recibido, sino la de un custodio del fin del mundo.

—Voy a ser tu guía en esta misión —dijo con gravedad, y las palabras no cayeron, se hundieron—Desde hace siglos... recibo visiones. No sueños, no alucinaciones. Designios. Fragmentos arrancados de la conciencia del tiempo. Imágenes de lo que vendrá si no actuamos, de lo que se avecina si fallamos.

Sus manos temblaban ligeramente, como si cada palabra fuese un conjuro que erosionaba su alma. El aire pareció densificarse. El aroma dulce del té se disipó, y el frío ancestral de las catacumbas se coló por cada rincón, despertando algo que dormía entre las piedras.

—Hay una oscuridad que se mueve, Caelus. Sutil, callada, inhumana. No camina a la luz del día, pero influye todo cuanto toca. Esa oscuridad tiene nombre... y está atada a un ritual prohibido. Un acto que, si se consuma, desgarrará la frontera entre este mundo y el infierno mismo.

Sus palabras me pesaban como grilletes. La sala, antes un refugio, se convirtió en celda, confesionario y sentencia.

—Debemos impedirlo —prosiguió, los ojos clavados en los míos como dagas—Los generales... los siete, deambulan por la Tierra. Sus esencias se han liberado, cada una esparcida y oculta entre los pliegues de la civilización, disfrazadas, veneradas, olvidadas por la historia... pero no perdidas del todo.

Se levantó de su asiento, caminando con el ritmo de quien carga siglos en los hombros. Se detuvo frente a una estantería y, con una delicadeza reverencial, retiró un libro encuadernado en cuero agrietado. Lo abrió. Imágenes desdibujadas y símbolos arcanos cubrían las páginas.

—Siete reliquias. Artefactos nacidos de culturas que ya no existen, resguardados por guardianes muertos o corrompidos. Si los demonios las reúnen, si completan el ritual... Lucifer no solo pisará esta tierra. La consumirá. La retorcerá. La hará a su imagen.

Volvió a mirarme, con una intensidad que me traspasó el pecho.

—Y tú... tú eres la única variable que ellos no pueden controlar. El único error en sus cálculos. Tu regreso no es solo profecía... es la última defensa.

Permanecí en silencio, sintiendo el peso de esas palabras como si me hundieran bajo el océano. Afuera, las catacumbas suspiraban. Y en mi interior, una llama comenzó a encenderse, alimentada por una verdad brutal: la guerra había comenzado... y cada aliento que tomábamos podía ser el último.

CAPÍTULO 3

SOMBRAS DEL PASADO

Gabriel se acomodó en el sillón frente a mí. Tomó su taza con manos ahora firmes, pero su mirada no se apartaba de la mía. Era como si buscara encontrar algo en mis ojos. Mi temple, tal vez... o si aún quedaba algo de aquel que una vez fui.

—No estamos solos en esta cruzada —dijo con una calma calculada, como quien mide las palabras para no despertar monstruos dormidos—Rafael también está entre nosotros. Ha permanecido oculto, aunque a simple vista, pero siempre vigilante. Cuando las señales fueron claras, cuando los sellos comenzaron a agrietarse... se hizo imposible seguir esperando.

—¿Rafael… ? —pregunté, casi en un susurro. Al escuchar su nombre, algo vibró dentro de mí. Un eco lejano, como una campana resonando desde el abismo de la memoria. Era más que un nombre. Era fuerza. Era consuelo.

—Sí —afirmó, con un dejo de alivio por mi reacción— Está entre los hombres, bajo el manto de una identidad moderna. Dirige una corporación de transporte global. Aviones, barcos, rutas clandestinas... Si hay que movernos rápido, si hay que llegar a donde nadie más puede, él lo hará posible. No faltará dinero. Ni vehículos. Ni recursos.

Asentí, procesando esa información, el contraste entre su misión divina y el mundo terrenal que ahora debíamos atravesar.

—Y no solo él ha sido llamado —continuó—. Por la urgencia del momento, tuvimos que despertar a dos de tus antiguos discípulos. Tadeo y Mateo.

Mi pecho se tensó. Los nombres eran como relámpagos atravesando una tormenta de sombras. Recordé sus rostros... aún jóvenes, aún humanos. Pero sus almas, las reconocería en cualquier forma.

—¿Ya... recuerdan? —pregunté, apoyando la taza con cuidado, como si al soltarla soltara también el peso de los siglos.

—Sí —respondió Gabriel—Cuando te reúnas con ellos, lo harán por completo. Por ahora... han recibido fragmentos. Recuerdos dispersos, visiones, sueños que no comprenden del todo, pero que los guían, y lo hicieron hacia mí.

Suspiré, sintiendo que el fuego dentro de mí se alimentaba con cada palabra.

—¿Están preparados?

—Lo estarán. Tadeo ha hecho del armamento su especialidad. Si existe un arma que pueda ayudarte, él sabrá cómo obtenerla... o construirla. Y Mateo... ha tejido una red de información que penetra incluso los secretos más oscuros de los gobiernos. No hay sistema que no pueda abrir. Ni verdad que no pueda encontrar.

Me recosté en el sillón, sintiendo el cuero crujir bajo mi espalda. Cerré los ojos por un momento. Respiré. Todo era nuevo... pero cada palabra de Gabriel me colocaba más firme en esta tierra.

—Entonces no estoy solo. No completamente —dije, más para mí que para él.

Gabriel sonrió apenas, y la dureza de su rostro se suavizó por un instante.

—Nunca lo estuviste...

Abrí los ojos. Fijé mi vista en la suya.

—Entonces empecemos ¿Dónde está el primero?

Gabriel apoyó ambas manos sobre la mesa, y extendió un antiguo mapa, pero no señaló ningún punto. En cambio, alzó la vista hacia mí, con una sombra cruzándole el rostro.

—Lamentablemente... no es tan sencillo como obtener una dirección —dijo, y su voz ahora tenía ese timbre frustrado de quien ha tenido que luchar contra lo incomprensible demasiadas veces —Las visiones que recibo no son caminos trazados con claridad. Son fragmentos. Símbolos. Voces superpuestas. Imágenes que se desvanecen cuando trato de retenerlas. Muchas veces cuesta interpretarlas a la primera... a veces incluso a la décima.

Se detuvo un momento, como si reviviera alguna de esas visiones. Sus dedos se tensaron sobre el cuero antiguo del mapa, hasta que su voz volvió, más baja, pero firme.

—Pero sí... hay algo que puedo decirte del comienzo de tu camino.

Guardó silencio, dejando que el peso de esa frase se asentara entre nosotros como una tormenta a punto de desatarse. El silencio no era vacío. Era denso, palpitante.

Se llevó la mano al pecho, sintiendo un ardor interno que lo atravesaba. Cerró los ojos con fuerza. Un murmullo escapó de sus labios, hablando con alguien más allá de este mundo.

—Lo veo... —dijo entrecortadamente— una figura coronada por moscas... alas negras como la peste... un enjambre que cubre el cielo.

Abrió los ojos de golpe, y sus pupilas temblaban como si acabara de mirar directamente al corazón del abismo.

—Belcebú... él fue el primero en liberarse. Lo siento. Está en movimiento... busca una reliquia perdida, algo que no pertenece a este tiempo.

—¿Cuál? —pregunté con un nudo en la garganta.

—El Cinturón de Freya... Su poder es antiguo, y si cae en sus manos...

Gabriel se incorporó lentamente, respirando como si cada palabra le costara.

—La visión... me mostró árboles helados cubiertos de escarcha, una estructura tallada en piedra, con runas que lloran sangre... y un nombre: Gamla Uppsala. Allí, entre las raíces de la mitología nórdica, alguien dejó algo... o quizás todavía lo protege.

Lo miré fijo, sintiendo el peso de cada palabra clavarse como cuchillas.

—¿Dónde queda eso? —pregunté extrañado.

Gabriel me miró, con una expresión mezcla de pesar y urgencia.

—En el norte. En Suecia. Aún estamos en Budapest, pero Rafael podrá ayudarte a salir cuanto antes.

Asentí lentamente, mientras una sensación de peso se instalaba en mi pecho. La partida era inminente. El tiempo no estaba de nuestro lado.

Gabriel me observó por un momento, con los ojos entrecerrados, analizando cada pliegue de la túnica que colgaba sobre mi cuerpo. Luego suspiró con una mezcla de ternura y resignación.

—Con todo el respeto, Caelus... no podemos dejar que camines por el mundo vestido como si acabaras de salir de una pintura renacentista. Si te ven así en las calles, vamos a tener más problemas que demonios.

Se volvió hacia un rincón discreto del salón, donde una puerta semi oculta por una estantería revelaba una pequeña habitación. Dentro, un viejo armario de roble crujía con solo mirarlo. Gabriel lo abrió con cuidado, como quien destapa un relicario.

—Toma lo que necesites. Puede que no esté a la moda, pero al menos no parecerás un mesías recién resucitado.

Me acerqué y recorrí con la vista las prendas. Era una colección extraña: chaquetas de cuero gastadas, camisas oscuras, pantalones resistentes, botas para el frío... Era como si alguien hubiese reunido la indumentaria de todas las épocas recientes, priorizando lo útil por encima de lo estético. Opté por una camisa negra, de algodón áspero, y un abrigo largo de lana oscura, casi tan pesado como la historia que llevaba a cuestas. Al ponerme los pantalones y las botas, sentí el roce del mundo volviendo a moldearme. No era sagrado, pero era necesario.

El ángel asintió con una leve sonrisa.

—Ahora sí pareces alguien que puede caminar entre los hombres.

No dije nada. Aún me costaba acomodarme a este nuevo peso, al frío que ya no era un concepto lejano sino una sensación punzante en la piel. Cada fibra del abrigo parecía hablarles a mis sentidos despiertos con una voz nueva.

Gabriel caminó hacia la puerta que daba al pasillo de piedra.

—Ahora vamos a ver a Mateo. Es hora de que conozcas al hombre que custodia la verdad.

Lo seguí. Cada paso en las catacumbas resonaba como un presagio. El aire parecía espesarse, como si el mismísimo tiempo contuviera la respiración ante lo que estaba por venir.

Luego de recorrer algunos pasillos sin dirección aparente, llegamos a nuestro destino.

La puerta que daba a la siguiente sala era aún más distinta al resto de las que habíamos cruzado en las catacumbas. No era de piedra ni de madera añeja, sino de acero reforzado, con una cerradura biométrica y una pantalla empotrada que parpadeaba con un tenue fulgor azul. Gabriel apoyó su mano sobre el lector, y tras un leve zumbido, la puerta se deslizó hacia un costado con un susurro mecánico.

Al entrar, el aire cambió. Ya no olía a humedad ni a historia antigua, sino a electricidad, ozono y café negro. Las paredes estaban recubiertas de servidores brillantes y ventiladores zumbando; cientos de cables serpenteaban por el techo como raíces metálicas, conectando decenas de monitores que parpadeaban con datos imposibles de seguir. Era un santuario digital, un núcleo nervioso enterrado bajo siglos de piedra y silencio.

En el centro de todo, sentado frente a un escritorio curvo de acero y vidrio, estaba Mateo.

Tenía la mirada clavada en uno de los monitores principales, donde una secuencia de símbolos recorría la pantalla con una velocidad inhumana. Su rostro, iluminado por el resplandor azulado, estaba sereno, pero cargado de una intensidad feroz. Su cabello oscuro caía en mechones descuidados sobre la frente, y sus dedos se movían con precisión quirúrgica por un teclado sin marcas, como si tocara un instrumento conocido desde la cuna.

No levantó la vista cuando entramos. Solo murmuró, ignorándonos.

—Al final del patrón 0E9 aparece el nombre... ahí está otra vez. Se repite. No es casualidad.

—Mateo —dijo Gabriel, con un tono más suave de lo habitual— Tenemos visita.

Solo entonces giró lentamente el rostro hacia nosotros. Sus ojos, rodeados de ojeras profundas, eran un contraste extraño: había algo antiguo en ellos, algo que recordaba a tiempos más puros, pero también algo roto. Como si hubiera visto demasiado y no pudiera olvidar nada.

Entrecerró los ojos y me miró, con esa expresión ambigua de quien ve una figura en la niebla, alguien que está allí pero que aún no logra ubicar del todo. Dio un paso hacia mí, y extendió la mano.

En el instante en que nuestras pieles se tocaron, su cuerpo se estremeció. Fue como si un relámpago silencioso lo atravesara. Sus ojos se abrieron de par en par y su aliento se quebró; luego, como una llama a la que le falta oxígeno, se desvaneció.

No lo dejé caer. Lo sostuve con facilidad, sorprendido por lo liviano que se sentía; los años y el peso del mundo parecían habérsele despegado en ese mismo segundo. Cuando abrió los ojos, ya no era el mismo.

Había fuego en su mirada. No rabia, sino memoria. Lágrimas contenidas. Dolor y gozo entrelazados. Me miró como si acabara de despertar de una pesadilla de siglos, y me susurró con la voz quebrada por la emoción:

—Al fin... al fin nos volvemos a ver...

Le respondí con una media sonrisa, dejando que mis palabras salieran suaves, como una caricia:

—Perdón por la demora.

Gabriel no dijo nada. Se quedó allí, a un lado, con los brazos cruzados y la sombra de una sonrisa apenas curvando sus labios. Sabía, que esas chispas de alegría eran escasas, casi sagradas... y que no durarían mucho.

Se acercó con paso lento, cruzando los brazos en su espalda mientras observaba los monitores.

—¿Qué novedades tienes, Mateo?

Mateo se aclaró la garganta, parecía que las palabras hubieran estado acumulándose en su pecho desde hacía días.

—Sí... novedades —murmuró, sin despegar la vista de la pantalla—. No es algo que puedas leer en los titulares. Pero hay ruido. Silencioso, sutil... pero está ahí. Sabemos quiénes son los que están detrás, al menos los rostros visibles. Pero en las sombras... están ocurriendo cosas que no encajan del todo.

Deslizó sus dedos sobre el teclado, y las pantallas cambiaron a gráficos, mapas, transacciones y líneas de código que parpadeaban como estrellas digitales.

—Fondos que saltan de cuenta en cuenta, triangulaciones sin lógica comercial. Empresas que deberían estar dormidas comenzaron a moverse como si supieran algo. Y no solo eso... satélites están registrando migraciones de aves completamente fuera de temporada. Pájaros que cambian de ruta, huyendo de algo que todavía no vemos.

Hizo una pausa. El zumbido leve de los servidores llenaba el silencio.

—En conjunto... es extraño. Como si el mundo estuviera conteniendo el aliento. Esperando.

Entonces, señaló con el dedo una región en el mapa digital. La imagen hizo zoom sobre Suecia, al norte.

—Pero lo más reciente... es un movimiento en Suecia, cerca de Gamla Uppsala. Una fundación arqueológica privada, sin historial ni vínculos claros, cerró el acceso a un sitio de excavación bajo tierra. Dijeron que era por riesgo de derrumbe. Mentira. Las transmisiones desde la zona están siendo filtradas, y hay señales cifradas saliendo de antenas que no figuran en ningún registro militar ni civil. Sea lo que sea... están ocultando algo.

Me crucé de brazos. El nombre me resonaba como un eco antiguo. Con Gabriel, cruzamos una mirada silenciosa.

El norte... las raíces.

—¿Puede ser... la primera pista? —pregunté, con la voz baja, afilada como una certeza que no quería nacer aún.

Gabriel asintió, grave.

—Es posible. Y si Belcebú está moviéndose en esa dirección... puede que el Cinturón esté más cerca de lo que imaginamos. O al menos, alguien que sepa dónde está.

—Gracias por tu ayuda, Mateo —le dije con una inclinación de cabeza.

Ya estábamos por girar hacia la puerta cuando su voz volvió a resonar detrás nuestro, algo más apurada.

—¡Espera!

Nos detuvimos. Mateo se incorporó con algo de dificultad, estirando la espalda como si llevara siglos doblado frente al monitor. Caminó hasta una pequeña caja fuerte empotrada en la pared, camuflada tras una lámina de acero que imitaba el tono oxidado del entorno. Tecleó una serie de números con precisión casi automática, y un leve "clic" confirmó la apertura.

Sacó un objeto oscuro, rectangular, sin adornos. Apenas unas líneas metálicas en los bordes, se asemejaba a un fragmento de alguna tecnología olvidada.

—Esto es para ti —dijo, extendiéndolo con cuidado—. Es un teléfono satelital. Tiene encriptación militar de última generación. Con él podrás comunicarte conmigo, estés donde estés.

Lo encendió, y una tenue luz azul apareció en la pantalla. Su rostro se iluminó por un instante, haciendo resaltar aún más sus ojeras profundas.

—Dame un segundo... necesito configurarlo.

Sus dedos danzaron sobre la pantalla como si conocieran sus secretos desde siempre. Luego me miró.

—Ahora, pon tu dedo aquí.

Coloqué el índice sobre el lugar que me indicó. Noté un leve cosquilleo, el aparato parecía reconocer algo en mí. Sentí que sus circuitos memorizaban algo más profundo que una simple huella.

—Listo —dijo Mateo—. Ahora te pertenece.

Tomé el dispositivo. Era extraño al tacto. Frío, pero no metálico. Liso, pero con una leve vibración... como si respirara. El peso

era mínimo, pero lo sentía cargado de una responsabilidad que no alcanzaba a comprender del todo.

—Teléfono... satelital... encriptación... —murmuré en voz baja, probando esas palabras, que parecían nuevas lenguas en mi boca.

Eran conceptos que escapaban aún a mi comprensión, pero entendía lo esencial: este objeto sería nuestro vínculo. Nuestra línea invisible en un mundo caótico.

Lo guardé con cuidado en el bolsillo interior de la chaqueta que Gabriel me había dado. Miré a Mateo a los ojos y asentí.

—Gracias, hermano—me despedí de él, con la esperanza de volverlo a ver.

—Acompáñame —dijo Gabriel, su voz teñida de un dejo solemne, como si lo que estuviera por mostrarme pesara más que sus propias palabras.